

GACETA DEL ÁNGEL

The talk of the town

GERMÁN DEHESA



Creo que vamos muy bien. A mí no me digas, yo a dos cuerdas de mi casa, me siento totalmente extraviado. Y no,

creo que vamos muy mal, ya nos pasamos por mucho, dime a ver qué dice en la lámina que está en el poste. En principio, no dice nada, son las ocho de la noche, está muy oscuro, la pinche lámina está toda chueca, como si la hubieran agarrado a martillazos; supongo que originalmente decía algo, pero en estos momentos ya es imposible de leer. Creo que por aquí nos vamos a ir. ¿No oyes lo que te estoy diciendo?. Casi nada, porque mi aparato trae muy baja la batería. ¡Uchale!, ¿tú crees que por aquí lleguemos?. Pues a algún lugar llegaremos. Por este rumbo, yo creo que llegamos a Pachuca. Te encanta el terrorismo, lo que pasa es que no me tienes confianza. Me disponía yo a confirmarle a mi amigo el Benemérito que, en efecto y en lo tocante a desempeño automotriz, mi confianza en él era nula, pero me tuve que tragar mis palabras: frente a nosotros estaba esa hermosa esquina que presiden la Cámara de Representantes y el Teatro de la Ciudad. Este último lugar era nuestro punto de llegada y no nos fue difícil encontrar un es-

tacionamiento casi enfrente y enfilan nuestros pasos rumbo al teatro. Si alguien nos hubiera tomado una fotografía ya cuando estábamos sentados en nuestras plateas, podría pensar que éramos los viejitos de los Muppets. Dieron tercera llamada, se hizo la oscuridad, se abrió el telón y comenzaron a caer las luces sobre el escenario. Entraron muchos músicos, todos con ese andar como de pingüinos que tienen los de esta profesión. Vino a escena Ernesto Anaya y yo aplaudí mucho porque súbitamente recordé el gran amor que le tengo y las incontables noches que pasamos juntos en el escenario haciendo música mexicana. Y comenzó el huapango, la bruma que formaban el frío y la melancolía se disipó y yo confirmé que el huapango es la zona más luminosa del canto popular de nuestra tierra. Mi amigo el Benemérito que tenía un cierto aire de tortuga extraída de su letargo, la pasó muy bien y gozó del huapango con toda la considerable cantidad de público que ahí estábamos. En este gozoso divertimento pasé una sustancial parte de mi noche de miércoles. Salimos y seguía el frío. Era hora del descanso.

Hoy desperté como suelo despertar. Piensen en un enfermo muy grave que va poco a poco saliendo de esa operación en la que le extrajeron tres cuartas partes del cerebro.

Así despierto y veces hay que así me sigo. Leo los periódicos y percibo que todos destacan la rechifla que recibió Calderón al inaugurar el estadio del Santos Laguna. Yo no hubiera chiflado, aunque tampoco habría aplaudido como lo hicieron ese par de lambiscones formado por Decio de Maria y Justino Compeán. Es más, opino que al Presidente no se le había perdido nada en esta ceremonia y que más le valdría ponerse a trabajar arduamente a corregir tantos errores y omisiones que se fueron acumulando en la primera parte de su mandato. Pero todo esto es lo que digo yo para mi propio y exclusivo gobierno. Si usted quiere chiflar u organizar una manifestación, o un paro nacional; por mí, inténtelo o haga lo que le dé su camaronera gana. Lo que sí: HOY TOCA.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDCLXVIII (1668)
MONTIEL.**

Cualquier correspondencia con esta huapanguera columna, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

